

LUNA ROJA

Relato escrito por L

Fátima miraba a Yassir fijamente. Cada vez le costaba más respirar y hasta podía notar cómo luchaba por seguir consciente. No sabía qué hacer, estaba desesperada y no sabía a quién más pedir ayuda. No había nadie en la carpa, solo ella, su hermano pequeño y el reloj de bolsillo que le había regalado su padre con un tictac irregular que sonaba en toda la estancia y se hacía hueco en el silencio, atravesándolo como un cuchillo afilado.

Lunes 21 de diciembre.

Fátima no había conseguido conciliar el sueño en toda la noche, no sabía si lo que sentía eran nervios o miedo sobre su nueva vida. Aún no había salido el Sol, pero no faltaba mucho, por lo que dedujo que debían de ser las 5 o 6 de la madrugada. No sabía dónde estaba ni qué día era, pero eso daba igual, porque era el día en el que cruzarían por fin. Después de tanto tiempo, había llegado el día señalado.

Se giró hacia la derecha y miró a su madre pensativa.

- 'Umi estoy nerviosa sobre qué va a pasar, tengo muchas ganas de comenzar esta nueva vida y espero que todo vaya bien.

La madre de Fátima la miró fijamente un segundo, agachó la cabeza y se fue sin decir nada. Se puso en pie rápidamente, a pesar de no haber descansado nada estaba eufórica, saltó del camión y siguió a su madre. No llevaba pertenencias, porque como bien le habían dicho "no les hará falta allá donde van".

Se reunieron con su padre y su hermano al minuto. Yassir parecía más débil que estos días anteriores, sobre todo ahora que no comía y no paraba de toser y vomitar.

- Fátima coge a tu hermano y dirigiros ya hacia la embarcación, tu madre y yo vamos enseguida, antes tenemos que hablar un par de cosas con los señores que se encargan de transportarnos. Tu madre y yo os daremos el encuentro en la patera. ¡Ah! y Fátima, si en algún caso no llegamos a tiempo, por favor no entregues a tu hermano a la Luna Roja, no sabemos dónde podría acabar, es tu deber cuidar de él.

Mamá parecía nerviosa, no paraba de mirar a los alrededores. Fátima volvió la mirada a su padre y asintió con la cabeza, aunque tenía la intuición de que algo iba a salir mal.

La familia se dió un abrazo fuerte y largo, parecía que nada ni nadie podría romper aquel vínculo. Antes de irse, el padre colocó un reloj de bolsillo plateado en la mano de Fátima.

- He estado escondiendo este reloj para que no nos lo robasen, ahora es tuyo. Mirálo y sabrás que estamos contigo en todo momento.

- Gracias baba.

Al final, se despidieron y se alejaron unos de otros.

Fátima cogió a Yassir y se montaron en la patera. El Sol saludaba por el horizonte, y no paraba de mirar el reloj con nerviosismo. Había pasado una hora y sus padres no habían vuelto aún.

A los minutos un hombre alto y armado apareció y dijo las palabras que Fátima tanto temía oír:

- Ya están todos, vámonos.

“¿Que ya estamos todos?” pensó “¿Pero dónde están mis padres? No nos podemos ir sin ellos”. Se dirigió hacia el hombre armado para comunicarle que había un error, que en aquella patera debían de haber dos adultos más. No había pronunciado palabra cuando vio cómo el hombre le pegaba un tiro sin escrúpulos a una mujer que había cambiado de opinión y que ya no quería viajar.

Todos se quedaron en silencio y otros muchos empezaron a llorar de terror.

Fátima se quedó en shock y abrazó fuerte a su hermano, acariciándole el pelo para tranquilizarlo, no paraba de temblar y ya no sabía si era por el miedo o por su enfermedad.

Después de un día entero a la deriva, fueron rescatados por un barco de salvamento, los subieron a bordo y les proporcionaron mantas, comida, bebida y mascarillas. Al anochecer pisaron suelo europeo. Fátima había conseguido dormir un poco en el barco después de días sin pegar ojo, pero seguía sintiéndose cansada. Tenía miedo, y no sabía que había sido de sus padres.

Le habían asignado una cama a Yassir dentro de la carpa que hacía la función de hospital. A las horas le comunicaron que su hermano padecía malaria después de realizarle unas pruebas y que solo un milagro podría ayudarles, pues no contaban con los medicamentos necesarios para todos, estaban más centrados en asistir a los enfermos de COVID-19 que habían llegado en la patera.

Al día siguiente Fátima logró escabullirse para buscar ayuda, pero ¿adónde iba a ir?, era una inmigrante de 15 años que no tenía dinero y no conocía a nadie, y muchos la miraban con cara de terror y asco al pasar. Al volver se sentó al lado de Yassir, exhausta.

“Ojalá ser europea” - pensaba - “Habría tenido una buena infancia y no tendría que huir de la guerra ni de las bombas. Yassir no estaría enfermo y habría recibido una buena educación. He visto que muchos se preocupan por cuántos van a cenar dentro de una

misma casa en algo que llaman Nochebuena, una fiesta cristiana, y nosotros no sabemos siquiera si vamos a comer”.

Fátima miraba a Yassir fijamente. Cada vez le costaba más respirar y hasta podía notar cómo luchaba por seguir consciente. No sabía qué hacer, estaba desesperada y no sabía a quién más pedir ayuda. No había nadie en la carpa, solo ella, su hermano pequeño y el reloj de bolsillo que le había regalado su padre con un tictac irregular que sonaba en toda la estancia y se hacía hueco en el silencio, atravesándolo como un cuchillo afilado.

Era 24 de diciembre y en su cabeza no paraba de sonar la voz de su padre “No entregues a tu hermano a la Luna Roja” “No entregues a tu hermano a la Luna Roja”.

De repente, el tic tac del reloj se paró. El silencio se apoderó de la carpa. Fátima miró el reloj, cuyas manecillas se habían petrificado marcando las 12 del día siguiente, Navidad, y luego volvió su atención a Yassir. No respondía, había cerrado los ojos y había parado de temblar.

Fátima se quedó quieta, observando a su hermano llena de pánico y con las lágrimas asomando por sus ojos marrones. Pero justo en aquel momento, entraron en la carpa una mujer y un hombre sin avisar. La mujer llevaba un chaleco blanco en el que ponía “Médicos sin fronteras” y el hombre llevaba un uniforme rojo en el que Fátima pudo leer “Cruz Roja”. No lo podía creer, eran ellos, aquellas personas a las que baba le pidió que no entregara a Yassir. Al parecer en Europa lo llamaban Cruz Roja, pero como la cruz era un símbolo cristiano, en la cultura de Fátima se conocía como “Luna Roja”.

La niña abrazó con fuerzas a su hermano.

- ¡No! ¡Alejarse de él! ¡No os acerquéis!
- Tranquila solo queremos ayudar. Nos han dicho que había un niño enfermo con malaria - dijo la mujer, que sorprendentemente hablaba su idioma.

Fátima se apartó a duras penas y dejó que ayudaran a Yassir. Le inyectaron una especie de vacuna y lograron reanimarlo. Su hermano abrió los ojos y volvió a respirar.

En el fondo del bolsillo del abrigo arraigado que llevaba la niña volvió a sonar el tictac de un reloj ante la ignorancia de los presentes. Tictac. Fátima descubrió que no había nada que temer. Tictac. Esa gente le inspiró a elegir su destino: la sanidad. Quería ayudar a los demás como habían hecho con su hermano. Tictac. Saldrían adelante y encontrarían a su padres, todo iba a salir bien. Tictac.

Este no es el final del cuento, sólo es el principio, y el reloj ya se ha puesto en marcha.